

EFRAIN HUERTA

por Eraclio Zepeda

Efraín Huerta fue también amigo de mi padre. Fueron compañeros de sueños y parrandas, de conversas y caminos. Don Eraclio y don Efraín coleccionaron, disciplinadamente, algunos amaneceres alegres, rodeados de la risa y las historias de Chiapas y Guanajuato.

Hace más de cinco años Don Laco Zepeda, el viejo, aceptó morir. Había dado una buena pelea por la vida, una larga marcha de combates, esperanzas, derrotas y nuevas esperanzas. Aunque la más constante de ellas fue Esperanza Ramos, mi madre.

En aquellos días de tristeza, la soledad colgó un largo paño a la entrada de mi casa. Hasta ella llegó, en el Gallo Ilustrado, el amor de Efraín.

Por aquellos días tuvimos otra herida abierta: la caída de Roque Dalton. Años después, Roque Dalton hijo, me contó: Efraín escribió un poema a la muerte de mi padre; Thelma lo leyó en La Habana y Efraín me abrazó con los ojos húmedos. Sentí que mi papá volvía a caminar.

Ahora Roque Dalton hijo es prisionero de guerra en el Salvador a donde fue a cumplir su deber de combatiente. Hasta su prisión desconocida, habrá llegado la noticia de que Efraín ya no está con nosotros. Y en su celda debe haberse repetido aquella tarde en el Vedado.

He querido recordar hoy estas dos historias. Son una tierna lección que el poeta nos entregó durante toda su vida: la de amigo, hermano y compañero. Pendiente siempre de combatir el dolor. Y ciertamente se aprende: el dolor repartido quema un poco menos.

Efraín luchó siempre por la vida: es decir contra la injusticia, el dolor, la crueldad y la muerte. Fueron sus armas la sencillez, el amor, la vitalidad, la risa y una firme posición ante el mundo. Esas mismas armas las esgrime hoy contra su propia muerte.

Yo estaba en Managua libre el día en que empezamos a ya no tenerlo. Hasta allá me llegó la noticia. Esa noche en el teatro Rubén Darío, la revolución evocó su figura y su genio y envió un abrazo triste al pueblo mexicano, a Thelma, su compañera, y a los muy queridos Eugenia, Andrea y David.

El auditorio se puso en pie y señaló para siempre: ¡Efraín Huerta! ¡Presente!

Ahora en estos días en que estamos empeñados en construir ladrillo tras ladrillo, el nuevo partido unitario, recibí una satisfacción: se pasaba lista a los organismos de base y de pronto escuché: “¿Efraín Huerta?” y una bella muchacha se levantó para contestar: “aquí estamos”.

Si me permiten mis compañeros cristianos que saben más de estos asuntos, me gustaría imaginar que en algún sitio, mi viejo Laco, mi hermano Roque y mi maestro Efraín están conspirando entre risas y sonrisas, para abrir esa puerta por la cual los pobres tomarán al cielo por asalto.